

EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA.

Ana María González Garza.

Una vez que el ser humano logra despertar a la consciencia de lo absoluto, de la eternidad, de lo infinito, descubre la paradoja de su condición revelándose así el misterio de lo Uno y lo múltiple que le conduce a despertar a su verdadera esencia. Siendo desde siempre esencialmente parte y participe de la Totalidad, la vida sitúa al hombre en un mundo dual otorgándole el don de la libertad para, a través de su ejercicio, iniciar la búsqueda de su verdadera esencia. Este anhelo por llegar a ser lo que en verdad es constituye la raíz de la voluntad de ser libre de ampliar su consciencia y conocerse para conocer, aceptarse para aceptar, amarse para amar y transformarse para transformar su entorno. Los cambios transformadores, son una manifestación de la evolución de la consciencia cuyo único sentido procede de lo Absoluto, donde finalmente la consciencia logra satisfacer su sed de plenitud.

Lo humano ha sido dotado de la capacidad de alterar y acelerar el proceso evolutivo o involutivo de los ambientes y contextos, de anticiparse a ellos, de participar activa y pasivamente, consciente e inconscientemente, objetiva y subjetivamente, directa e indirectamente en el escenario siempre cambiante de la vida. Sólo tomando en cuenta el significado de la evolución de la consciencia es posible escoger la manera de participar realmente en los procesos de construcción de ambientes para la formación y la autoformación. Somos herederos de una gran tradición, seres en evolución que vivimos un periodo de cambios profundos, jamás imaginados.

El ritmo acelerado de los cambios, que ocurren en todas las esferas de lo humano, generalmente nos sorprende inadvertidos. Estos son provocados por factores tanto internos como externos de gran complejidad que afectan de manera integral el ser, el saber y el quehacer humano. Todo cambio implica movimiento y todo movimiento tiene un efecto evolutivo o involutivo en una realidad conformada por elementos totales que a su vez forman parte de otros más amplios y evolucionados. Desde esta óptica, el enfoque humanista-transpersonal sostiene que si la consciencia del ser humano no evoluciona y se transforma para ser capaz de vivir en armonía consigo mismo, con sus semejantes, con la naturaleza, con el mundo y con el universo, su especie puede llegar a autoeliminarse.

Teilhard de Chardin coloca al ser humano en el corazón del movimiento cósmico, en el núcleo de la historia universal, invitándolo a completar la unificación del mundo a través de la unión de las consciencias individuales, por ser este el camino que conduce a que los avances del individuo en la existencia se reúnan e intervengan significativamente en el proceso evolutivo global de la historia. Así, la antropogénesis teilhardiana -entendida como la ciencia del desarrollo ulterior del Hombre-, se establece como proceso de unificación del universo, distinguiendo a la consciencia (desde sus formas más primitivas o elementales, hasta las expresiones más evolucionadas del pensamiento) como el resultado del repliegue

EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA.

Ana María González Garza.

y la autocentración de los seres que, en su proceso evolutivo, apuntan y culminan en ella.

El ser humano, como individuo, posee la capacidad que le permite reflexionar, discernir, descubrirse, conocerse, comprenderse y transformarse. Todo esto gracias a la acción de la conciencia de sí mismo, que es la característica exclusiva y más importante de su humanidad. Teilhard propone que existen dos grandes etapas evolutivas. La primera, menos evolucionada por encontrarse encadenada a una gran número de influencias y determinismos heredados, corresponde al centro bio-psíquico individual, en la que el individuo se reconoce y se acepta como un ser separado y distinto de los demás. La conciencia individual se contempla como “un centro imperceptible, un punto de vista que ve, un centro de repulsiones y de atracciones que siente, que escoge entre las innumerables energías que a través de él irradian, que busca y que confunde, que se torna sobre sí y se orienta para captar más o menos, y en sentidos diversos, la atmósfera activa que le baña y en la que él es un punto singular y consciente.”. La individualidad, ubicada en un espacio-tiempo definido, posee poca o nula consciencia del mundo interno y corresponde a una primera fase de la formación de la noosfera a la que Teilhard se refiere como individuación. La segunda etapa, se distingue por la emergencia de las primeras señales de la socialización. Esta fase se caracteriza por la unión entre lo individual y lo colectivo que, perfeccionándose mutuamente en un proceso continuo y convergente, transforma la conciencia individual en “un centro espiritual de reflexión, de libertad y de amor, que emerge en el umbral definido de la evolución”. Esta nueva etapa evolutiva lleva consigo la apertura necesaria para el establecimiento de relaciones universales, así como la tendencia hacia la personalización que se realiza por medio de la compenetración con todos los otros centros o conciencias personales, en un proceso de unanimización consciente, de superación y realización de la persona humana bajo la atracción y el influjo del Omega. En este caso, no se trata ya de un proceso de individuación, sino de individualización, en el que la persona humana se experimenta desde el interior. Al cobrar consciencia de ser algo más que un ser individual separado, la conciencia humana se reconoce como esencialmente cósmica. Si bien el paso de la conciencia individual a la conciencia personal es un proceso natural, es necesario que el individuo opte libremente por lo personal, opción que implica la aceptación de los valores morales, el reconocimiento de su lugar y su papel en el mundo y la consciencia de que su dirección y meta es desarrollarse en función de una corriente cósmica. Desde la óptica teilhardiana, el hombre no alcanza la personalización y, por ende, no es capaz de percibir el punto Omega -Centro de unificación y de plenitud del ser, punto de convergencia natural de la humanidad y por ello mismo del cosmos en su totalidad- si no es a través de la opción por ser con los demás.

La tendencia natural del ser humano hacia la trascendencia le conduce a una necesidad de absoluto. Ésta se inicia con el despertar mismo de la conciencia de

EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA.

Ana María González Garza.

ser, estar y actuar en el mundo, así como de su finitud. Su enfrentamiento con la muerte conduce al hombre a rechazar la idea de desaparecer por completo, así como a experimentar un profundo deseo de ser más, de totalidad y de universalidad que a su vez le impulsa a moverse más allá de sus limitaciones humanas hacia una humanización progresiva que culmina en la conciencia unitaria.

El proceso evolutivo de la conciencia atraviesa distintas etapas y niveles del ser y del conocer que van de lo menos a lo más consciente, de lo menos a lo más inclusivo, de lo subconsciente a lo autoconsciente y de ahí a lo supraconsciente. En otros términos, evoluciona de lo pre-personal a lo personal y de ahí a lo transpersonal a través de un movimiento semejante al de una espiral en la que en cada giro lo inferior se incluye y se trasciende hacia un nivel de organización estructural jerárquicamente superior. Las transformaciones que la conciencia va sufriendo a lo largo de su proceso evolutivo enfrenta momentos de crisis propios de todo cambio. Desde la perspectiva del enfoque humanista-transpersonal la crisis se contempla como un reto a ser superado con decisión, firmeza y responsabilidad; un momento de decisión que requiere de una actitud positiva abierta al cambio, al diálogo, a la experiencia y al encuentro consigo mismo, con el y los otros, con la naturaleza, el mundo y el universo. El ser humano posee el potencial necesario y suficiente para hacer de la crisis un trampolín hacia la autorrealización. Toda situación crítica lleva consigo la oportunidad de trascender de un nivel inferior de conciencia a otro más evolucionado.

El despertar de la conciencia consiste en un proceso que requiere la disolución de las fronteras entre el mundo del ser y el mundo del no-ser. Para ello, es necesario trascender la concha biológica, la jaula psicológica, las cadenas de los apegos, las falsas identificaciones y las esclavitudes sociales, así como ir más allá del dogmatismo, de los imperialismos disciplinares, del cientifismo y los fanatismos. En este mismo sentido, Einstein se expresa diciendo:

"El ser humano es parte del todo al que llamamos universo, una parte limitada por el espacio y el tiempo. Él se experimenta a sí mismo, a sus pensamientos y sentimientos, como algo separado de todo lo demás -una especie de ilusión óptica de su propia conciencia. Esta ilusión es nuestra prisión, nos restringe nuestros deseos personales y nuestros afectos se limitan a aquellas pocas personas que se encuentran cerca. Nuestra tarea debe ser liberarnos de esa prisión a través de la expansión de nuestro círculo de compasión hasta abrazar todos los seres vivos y toda la naturaleza".